

esfuerzos que hacía para combatirlo. Sin embargo, no estoy muy cierto ahora de si me dormí buenamente y si las cosas extraordinarias que voy á relatar fueron efecto de un sueño ó de una visión sobrenatural.

Vi descender del cielo una nube brillante que poco á poco se aproximaba hacia mí y que, como un velo transparente, recubría á una joven de veintidós á veintitrés años. En vano buscaría expresiones para describir el sentimiento que me produjo su aspecto. Su fisonomía radiante de bondad y de benevolencia tenía todo el encanto de las ilusiones de la juventud, y era dulce como los sueños del porvenir; su mirada, su apacible sonrisa, todas sus facciones, en una palabra, realizaban á mis ojos el ser ideal que mi corazón buscaba hacía tanto tiempo y que ya había desesperado de poder encontrar nunca.

Mientras la contemplaba en un éxtasis delicioso, vi brillar la estrella polar entre los rizos de su negra cabellera que agitaba el viento norte, y unas palabras de consuelo llegaron al mismo tiempo hasta mi oído. ¿Qué he dicho? ¡palabras! era la misteriosa expresión del pensamiento celeste que descubría el porvenir á mi inteligencia, mientras los sentidos permanecían encadenados al sueño; era una comunicación profética del astro protector que acababa de invocar, cuyo sentido voy á tratar de expresar en una lengua humana.

« No te has engañado al depositar en mí tu confianza, dijo una voz cuyo sonido se parecía al de las arpas éolicas. Mira, ahí tienes el campo que te he reservado; ése es el bien á que aspiran en vano los hombres que

creen que la felicidad es un cálculo, y que piden á la tierra lo que no se puede obtener más que del cielo. » Al pronunciar estas palabras, el metéoro penetró en la profundidad de los cielos, la aérea divinidad se perdió entre las brumas del horizonte; pero, al alejarse, me lanzó sus miradas que llenaron mi corazón de confianza y de esperanza.

En seguida, ardiendo en deseos de seguirle, piqué con ambos pies con toda mi fuerza; y como me había olvidado de ponerme las espuelas, di con el talón derecho contra el ángulo de una teja con tal violencia, que el dolor me hizo despertar sobresaltado.

CAPÍTULO XXXV

Este accidente fué de una ventaja positiva para la parte geológica de mi viaje, porque me proporcionó la ocasión de conocer exactamente la altura de mi cuarto sobre las capas de aluvión que forman el suelo en que se halla asentada la ciudad de Turín.

Mi corazón palpitaba con violencia, y acababa de contar tres latidos y medio, á partir del momento en que piqué á mi caballo, cuando oí el ruido de mi zapatilla que se había caído á la calle, lo cual, calculando el tiempo que gastan los cuerpos graves en su caída acelerada y el que habían empleado las ondas sonoras del aire para llegar á mi oído desde la calle, determina la

altura de mi ventana á noventa y cuatro pies, tres líneas y nueve décimas de línea desde el nivel del piso de Turín, suponiendo que mi corazón, agitado por el sueño, diese ciento veinte pulsaciones por minuto, cosa que no puede hallarse muy lejos de la verdad. Sólo por el interés de la ciencia me he atrevido á mencionar mi zapatilla, después de haber hablado de la interesante de mi hermosa vecina; así, pues, advierto que este capítulo se ha escrito exclusivamente para los sabios.

CAPÍTULO XXXVI

La brillante visión de que acababa de disfrutar me hizo comprender con mayor fuerza al despertar todo el horror del aislamiento en que me hallaba. Paseé la vista á mi alrededor y no vi más que tejados y chimeneas. ¡Ah! suspendido en un quinto piso entre el cielo y la tierra, rodeado por un océano de pesares, deseos é inquietudes, no me ligaba á la vida más que la incierta luz de una vaga esperanza: apoyo ilusorio cuya fragilidad había experimentado ya con frecuencia. La duda penetró bien pronto en mi corazón, todavía lacerado por las decepciones de la vida, y creí firmemente que la estrella polar se había burlado de mí. ¡Injusta y culpable desconfianza por la que el astro me ha castigado con diez años de espera! ¡Ah! si hubiese podido prever entonces que todas las promesas se cumplirían, y que un

día volvería á encontrar sobre la tierra al ser adorado cuya imagen no había hecho más que entrever en el cielo! ¡Querida Sofia, si hubiese sabido que mi felicidad había de sobrepujar á mis propias esperanzas!... Pero no hay que anticipar los sucesos; vuelvo, pues, á mi objeto, para no invertir el orden severo y metódico al que me he sujetado en la redacción de mi viaje.

CAPÍTULO XXXVII

El reloj de la torre de San Felipe daba lentamente las doce de la noche. Conté uno tras otro los golpes de la campana, y el último me arrancó un suspiro. He aquí, pues, me dije, un día que acaba de desprenderse de mi vida; y aunque las vibraciones decrecientes del sonido del bronce retumban aún en mis oídos, la parte de mi viaje que ha precedido á la media noche se halla ya tan lejos de mí como el viaje de Ulises ó el de Jasón. En este abismo del pasado, los instantes y los siglos tienen la misma extensión... ¿Es más real el porvenir? Son dos nada entre las cuales me encuentro en equilibrio como sobre el filo de una espada. El tiempo me parece en verdad algo tan inconcebible, que me hallo tentado de creer que realmente no existe, y que lo que así se llama no es ni más ni menos que un castigo del pensamiento.

Ya me alegraba de haber encontrado esta definición

del tiempo, tan tenebrosa como el tiempo mismo, cuando otro reloj dió la media noche, cosa que me produjo un sentimiento desagradable. Quédame siempre un resto de mal humor cuando me he ocupado inútilmente en el planteamiento de un problema insoluble, y me picó bastante esta segunda advertencia de la campana á un filósofo como yo. Algunos segundos después llegué á experimentar un verdadero despecho, cuando oí muy lejos una tercera campana, la del convento de Capuchinos, situada á la otra orilla del Po, sonar todavía la media noche, como por malicia.

Cuando mi tía llamaba á una antigua camarera, algo áspera, pero á quien quería, sin embargo, mucho, no se contentaba en su impaciencia con llamar una vez, sino que tiraba sin compasión de la campanilla hasta que aparecía la sirvienta. « ¡Gracias á Dios que llegáis, señora Branchet! le decía. » Y ésta, enojada de verse ratar así, se acercaba entonces lentamente y contestaba con mucha acritud, antes de entrar en la sala : « Ya voy, señora, ya voy. » Este mismo sentimiento de mal humor me hizo experimentar la indiscreta campana de los Capuchinos, al hacer llegar por tercera vez á mi oído las doce campanadas de la media noche. « Ya lo sé, grité yo, extendiendo las manos hacia donde se hallaba el reloj; sí, ya lo sé; ya sé que son las doce de la noche; demasiado lo sé. »

No hay duda que los hombres inventaron esa hora para dividir los días, insidiosamente aconsejados por el espíritu maligno. Encerrados en sus habitaciones duermen ó se divierten, mientras llega la hora que corta

uno de los hilos de su existencia : al siguiente día se levantan alegres sin sospechar ni remotamente que tienen un día más.

En vano la voz profética del bronce les anuncia la aproximación de la eternidad; en vano les repite tristemente cada hora que acaba de pasar; no oyen nada, y, si lo oyen, no lo comprenden. ¡Ah, media noche!... ¡hora terrible!... No soy supersticioso; pero esa hora me inspiró siempre una especie de temor, y tengo el sentimiento de que, si algún día me muriese, sería á la media noche. ¿Así, pues, habré de morir? ¡Cómo! ¡he de morirme! yo, que hablo; yo, que me siento y me toco, ¿tendría que morir? Con dificultad puedo llegar á creerlo, porque, en fin, que los otros se mueran, nada más natural: es una cosa que todos los días la estamos viendo; se les ve pasar, y uno se acostumbra á ello; ¡pero morirse uno mismo! ¡morir *en persona!* ¡eso es demasiado! Los que toméis estas reflexiones por una especie de galimatías, sabed que tal es la manera de pensar de todos y también la vuestra. Nadie piensa que debe morir. Si existiese una raza de hombres inmortales, la idea de la muerte les asustaría más que á nosotros.

Hay en todo esto algo que no me puedo explicar. ¿Cómo es que los hombres que se hallan sin cesar agitados por la esperanza y por las preocupaciones del porvenir, se cuidan tan poco de lo que ese porvenir les ofrece de más cierto é inevitable? ¿Será acaso la misma naturaleza bondadosa quien nos habrá dado esta feliz confianza, con el objeto de que podamos cumplir en

paz nuestro destino? Creo, efectivamente, que se puede ser muy buena persona sin necesidad de unir á los males reales de la vida ese tormento del espíritu que lleva á las reflexiones lúgubres, y sin perturbarse la imaginación por negros fantasmas. En fin : creo que el hombre debe permitirse el reír, ó cuando menos el sonreír, cada vez que la ocasión inocente se presenta.

Así concluyó la meditación que me había inspirado el reloj de San Felipe. Habría ya empujado más lejos, si no ne hubiese ocurrido algún escrúpulo acerca de la severidad de la moral que acababa de establecer. Pero no queriendo profundizar esta duda, empecé á tararear un aire español que tiene la propiedad de cambiar el curso de mis ideas cuando emprenden un mal camino. El efecto fué tan rápido, que desde aquel momento di por terminado mi paseo á caballo.

CAPÍTULO XXXVIII

Antes de penetrar de nuevo en mi cuarto lancé una ojeada á la ciudad y á los sombríos campos de Turín, que iba á abandonar tal vez para siempre, y á los cuales envié mi último adiós. Nunca la noche me había parecido tan hermosa ; nunca el espectáculo que tenía ante los ojos me había interesado tan vivamente. Después de haber saludado á la montaña y al templo de la Superga, me despedí de las torres, de los campanarios

y de todos los objetos conocidos que nunca hubiera creído echar de menos con tanto pesar, y del aire, y del cielo, y del río, cuyo sordo murmullo parecía responder á mis adioses. ¡Oh! si supiese describir el sentimiento tierno y cruel que llenaba á la vez mi corazón, y todos los recuerdos de la más bella mitad de mi pasada vida que se agrupaban á mi alrededor como otros tantos diablillos para retenerme en Turín! Pero ¡ay! los recuerdos de la felicidad pasada son las arrugas del alma! Cuando uno es desgraciado, necesita arrojarlos de su pensamiento como fantasmas burlones que vienen á insultar nuestra situación presente; entonces vale mucho más entregarse á las engañosas ilusiones de la esperanza, y, sobre todo, hay que poner buena cara al mal juego y guardarse mucho de confiar á otro las desgracias propias. He podido advertir en los viajes que ordinariamente he hecho entre los hombres, que á fuerza de ser uno desgraciado acaba por convertirse en ridículo. En estos momentos terribles, nada conviene tanto como el viajar en la forma que he descrito. He hecho de ello un experimento decisivo; no solamente olvidé entonces el pasado, sino que llegué á tomar valerosamente una resolución sobre las penas presentes. El tiempo se encargará de llevárselas, díjeme para consolarme; al pasar, todo lo toma y de nada se olvida, y bien le queramos detener ó le empujemos con la espalda, como suele decirse, nuestros esfuerzos son igualmente inútiles y en nada cambian su invariable curso. Aunque por regla general me inquieta muy poco su rapidez, son muchas las circunstancias y las ilaciones

de ideas que me la recuerdan de una manera evidentísima y patente. Cuando los hombres callan, cuando el demonio del ruido se queda mudo en medio de su templo ó en medio de una ciudad adormecida, entonces el tiempo levanta su voz y se hace escuchar de mi alma. El silencio y la obscuridad se convierten en sus intérpretes y me descubren su marcha misteriosa; no es ya un ser razonable que pueda comprender mi pensamiento; pero mis propios sentidos le perciben, y le veo pasar por el cielo empujando las estrellas hacia occidente. Le veo dirigir el curso de los ríos hacia el mar y correrse con la niebla á lo largo de la colina... Escucho; los vientos gimen bajo el esfuerzo de sus rápidas alas, y la lejana campana se estremece y vibra á su terrible paso.

« Aprovechémonos, aprovechémonos de su carrera, exclamé. Quiero emplear útilmente los instantes que va á arrebatarme. » Queriendo sacar partido de tan buena resolución, me incliné al momento hacia delante para lanzarme valerosamente á la carrera, haciendo con la lengua un ruido especial que en todos tiempos se ha empleado para hacer andar á los caballos, pero que es imposible escribir según las reglas de la ortografía :

¡gh! ¡gh! ¡gh!

Y terminé mi excursión á caballo por un galope.

CAPÍTULO XXXIX

Levantaba el pie derecho para bajar, cuando senti bruscamente un fuerte golpe sobre la espalda. Decir que no me asustó tal accidente sería faltar á la verdad, y ésta es la ocasión propicia para hacerle comprender al lector, y probarle sin ninguna vanidad, que le sería muy difícil á cualquiera otro realizar un viaje parecido al mío. Aun suponiendo al nuevo viajero con muchísimos más medios y talento que yo para la observación, ¿podría jactarse de haber corrido aventuras tan singulares y tan numerosas, y tan ligadas con el propio destino, como las que me han sucedido en el corto espacio de cuatro horas? ¡Si alguno lo duda, que pruebe de adivinar quién me había dado el golpe!

En el primer momento de mi turbación no me acordé de la posición que ocupaba, de manera que creí que el caballo había coceado ó me había hecho chocar contra un árbol. Sólo Dios sabe cuántas y cuán funestas fueron las ideas que me asaltaron en el corto tiempo que hube de emplear para volver la cabeza y mirar la habitación. Entonces comprendí, como sucede á menudo en las cosas que parecen más extraordinarias, que la causa de mi sorpresa era muy natural. La misma ráfaga de viento que al empezar mi viaje había abierto la ventana y cerrado la puerta al pasar, y una de cuyas

partes se había deslizado por las cortinas de mi lecho, penetraba entonces con estrépito en el cuarto. Abrió bruscamente la puerta y salió por la ventana empujando las vidrieras contra mi espalda, lo cual me causó la sorpresa de que hablaba hace un momento.

Se recordará que á una invitación de esa misma ráfaga de viento yo había abandonado la cama. Era evidente que la sacudida que acababa de recibir me invitaba á entrar de nuevo en ella, y esto es lo que me creí obligado á realizar.

¡Cuán bello es, sin duda alguna, el tener relaciones familiares con la noche, el cielo y los metéoros y saber sacar partido de su influencia! ¡Ah! ¡Las relaciones que uno se ve forzado á sostener con los hombres son ciertamente más peligrosas! ¡Cuántas veces no me ha hecho víctima de ellos mi ciega confianza! Algo sobre el particular decía aquí mismo, en una nota que he suprimido, porque era más larga que todo el texto, lo cual hubiera alterado las justas proporciones de mi viaje, cuyo pequeño volumen es su mayor mérito.

EL LEPROSO DE AOSTA

La parte meridional de la ciudad de Aosta está casi desierta, y parece no haber estado nunca muy habitada. Vense allí campos labrados y praderas, limitados, á un lado, por antiguos baluartes que los romanos elevaron para servirle de circuito, y á otro, por las tapias de algunos jardines. Esta solitaria situación puede, sin embargo, interesar á los viajeros. Cerca de la puerta de la ciudad vense las ruinas de antiguo castillo, en el cual, si se ha de dar fe á la tradición popular, el conde Renato de Chaláns, impulsado por el furor de los celos, dejó morir de hambre, en el siglo XV, á la princesa María de Braganza, su esposa; de aquí el nombre de *Bramafame*, que significa *grito del hambre*, dado á ese castillo por las gentes del país. Esta anéc-